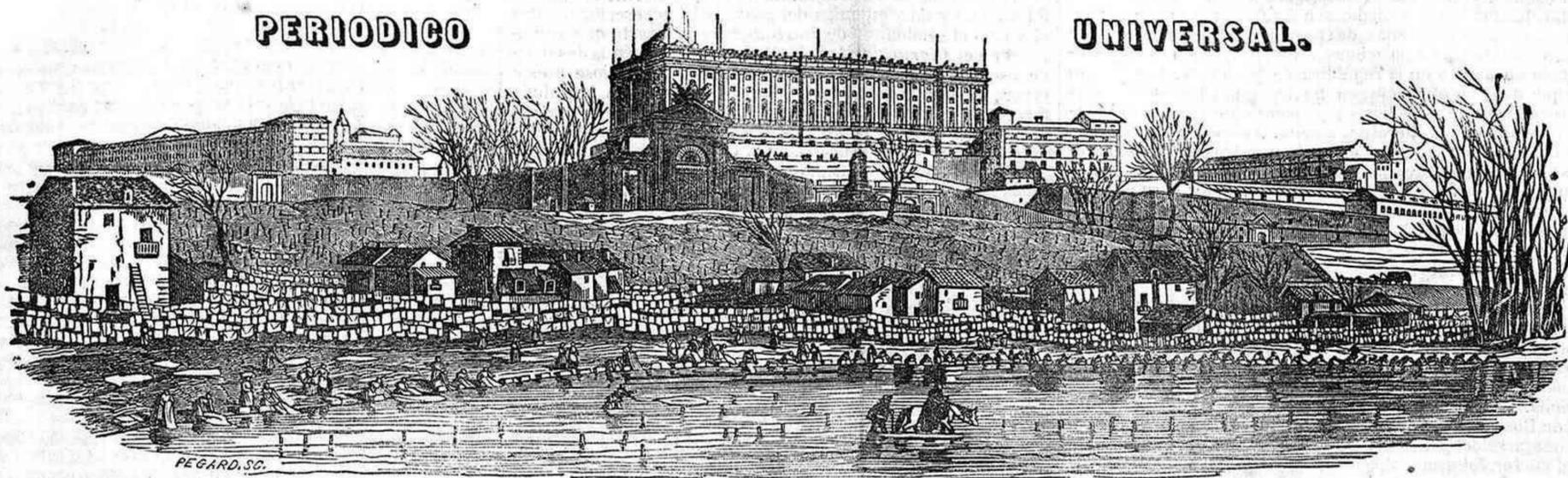


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 32.—SÁBADO 18 DE SETIEMBRE DE 1852.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 60.

## EXPOSICION DE LONDRES.

### BRONCES.

Después de haber llegado, á fuerza de gusto y de una perseverancia á toda prueba, á una altura envidiable en sus trabajos, puede asegurarse que el artista francés Mr. Vittoz nada ha perdido por haberlos espuesto al otro lado del estrecho, y que siempre conservará, entre tantas naciones allí reunidas y ansiosas de manifestar lo que saben y lo que pueden hacer, la superioridad que hasta el presente ninguna le ha negado.

Mr. Vittoz respeta y adora lo que hemos dado en llamar, artísticamente hablando, el método clásico, y claro es que en manera alguna podemos nosotros criticarle por cuenta propia esa predilección, supuesto que en cuanto á las formas, á la ejecución y á la idea intrínseca se le deben de justicia universales elogios. En cuanto á las pruebas que tenemos el derecho de pedirle de sus grandes trabajos, las ha presentado en abundancia, hasta el punto de que no hay artista que deje de reconocer y encomiar la variedad de objetos que llevó á la Exposición de Londres.

Vamos á recordar algunos de ellos: el reloj de sobremesa que representa á Miguel Angel, y el de las Tres horas del día, con sus magníficos candelabros, ostentan bellísimas proporciones, y deben formar un juego sumamente gracioso de chimenea. Las Cuatro estaciones corresponden á otro género, que podemos calificar de mas ligero, así como nada hemos visto tan perfecto como sus dorados. Por lo que hace al reloj del género del Renacimiento, se recomienda á los inteligentes por su delicada cinceladura, pues damos muy poca importancia á los ligeros defectos de la oxidación de la plata, que son fáciles de corregir.

El centro de mesa es un adorno de muchísimo gusto, cuya sencillez y ejecución cautivan desde luego las miradas.

Entre los bronces de pura ostentación debemos citar en primer lugar el Benvenuto, por Feuchere, el Amor, de Chaudet, el grupo de niños levantando unos racimos, la Ninfa Centauro robando un Fauno, la Silfide y las estatuas de la Poesía y de la Música. ¿Qué diremos de Satanás vencido y meditando? Imposible nos parece que lleguen á imitarse su expresión ni su melancolía.

No ignoramos que tal vez se nos dirá: «Muchas de esas cosas no son nuevas.» Pero ¿qué nos importa, si son bellas? Hemos visto mil y mil

veces la Venus de Milo. ¿Nos hemos cansado alguna vez de admirarla? ¿Y nos negaremos á contemplarla, tan solo porque hace dos mil años que tan divina creación salió casi viva del cincel del artista? Esto mismo decimos de todas las obras que cautivan nuestra admiración por su mérito. El privilegio que alcanzan esos grandes objetos artísticos sobre nuestra pobre y frágil humanidad, consiste en no parecer hoy admirables para caer mañana en perpetuo olvido.

El talento artístico es menos predominante en Mr. Miroy que el espíritu industrial. No crea sin embargo el bronceista distinguido que por ello le censuramos. Hay en el mundo exigencias de posición que comprendemos perfectamente, y que aceptamos también con la mejor voluntad. Mr. Miroy tiene relaciones numerosas y de gran utilidad comercial en el extranjero, y particularmente en América: así que es preciso aprobarle el empeño que muestra en cultivarlas y en satisfacer unos gustos menos formados, y por lo tanto menos difíciles que los nuestros.

El habitante de las Pampas, el plantador de las orillas del Ohio y el sibarita mejicano, están muy lejos de poder competir, en cuanto á buen gusto y belleza artística, con la instrucción del menos avisado mercader europeo. El especulador no es precisamente un moralista ni un filósofo; tampoco puede considerarse tan esclavo de las reglas que le equivoquemos con un Benvenuto ó un David. La razón comercial tiene para él una expresión vibrante que aventaja á las demás; pero seríamos injustos si por esta causa lo hiciésemos blanco de nuestras diatribas.

La Europa, por otra parte, es sumamente rica de ideas y cuenta con talentos bastante flexibles para corresponder dig-

namente á todas las necesidades y á todos los caprichos. También Mr. Miroy sabe llegar á las mas elevadas composiciones. Así su reloj, aunque en el estilo de Luis XV, llama la atención por sus candelabros, que se adaptan primorosamente á la pieza capital, convirtiéndola en un trabajo de gran mérito y hermosura. Las estatuas ecuestres de Alejandro y de Poro armonizan perfectamente con el reloj y forman con él un bellísimo conjunto.

El otro reloj de Enrique VIII y Francisco I, con candelabros que contienen ricas estatuas y brillantes escudos de armas, merece nuestros sinceros elogios, tanto por el cincelado como por la parte relativa á sus adornos. Es un mueble que pronto adornará uno de los mas aristocráticos salones de la Gran Bretaña.

En género menos elevado, el reloj llamado de la Inocencia es uno de los modelos mas graciosos que pueden imaginarse.

Las imitaciones de bronce, como forma y como tono para una composición, se han comprendido perfectamente, á pesar de que suelen descuidarse mucho, olvidando que en la imitación es donde mas debe procurarse hacer olvidar el poco valor de la primera materia.

Sucedec muchas veces que el elemento principal para un éxito seguro es la confianza que tenemos en nosotros mismos, y la creencia en que estamos de que hemos de llegar felizmente al fin propuesto. En efecto, la fé es un poderoso auxiliar del talento, y de esta verdad han dado relevantes pruebas los artistas que, fiados en sus propias fuerzas y llenos de convicción, se han presentado á combatir en el abierto campo de la industria.

Lo cierto y evidente es que la cobardía pasa ya en el

mundo por un error de cálculo, porque acontece con frecuencia que el mas cobarde suele ser también el primer herido. De todos modos, no merece llamarse artista aquel que no se atreve á luchar, porque únicamente de la comparación ha de resultar la gloria. El talento ensimismado tiene igual valor que el diamante en el basurero.

Tomamos de *El Herald* el siguiente curioso artículo que creemos será leído con gusto.

### POESIAS INÉDITAS.

Ningun país ha descuidado tanto como el nuestro sus glorias literarias. Verdad es que no se infiere de aquí que los españoles seamos anti-literarios, porque igual descuido hemos tenido con todo lo que constituye el brillo y la grandeza de una nación; sino que la literatura ha corrido entre nosotros la misma suerte que



Alacria del Zolverein.

todo lo demás, incluso nuestra gloriosa historia y nuestros incomparables descubrimientos. Pero en la parte literaria este descuido es especialmente notable, porque la literatura forma el entretenimiento y el deleite de una inmensa parte de la nación, y siendo así, cualquiera supondría que habría muchos hombres que se dedicasen á recoger y consignar en todos los siglos anécdotas de poetas contemporáneos, sus poesías inéditas, composiciones de otros que sin haber conquistado un puesto en la república de las letras, han dejado algo que no debe olvidarse; en fin, esos mil frutos sabrosos que recoge el que se dedica simplemente á espigar en el inagotable campo de la literatura amena. Así es que no sabemos nada de la vida de la mayor parte de nuestros grandes escritores; de uno que otro poseemos áridas biografías que nos dicen dónde nació, dónde vivió y dónde murió; pero nada de esos pormenores íntimos que tanto aprecia la posteridad; nada de esas escenas domésticas ó públicas que tan á lo vivo retratan á los hombres, y que nos hacen, por decirlo así, conocer personalmente á aquellos grandes ingenios cuyas obras forman el embeleso de todas las generaciones.

En esta parte somos sumamente pobres, y no podemos menos de envidiar la suerte de los que son sumamente ricos. En otros países se ha obrado de otra manera, y casi se ha llegado á buscar de lo contrario, si bien es un abuso que perdonamos de mil amores, por los infinitos deleites que nos proporciona. ¿Quién no envidia á la Inglaterra el libro tan conocido de Boswell? Boswell era un caballero escocés que llegó á enamorarse del genio del gran levitán literario de su época, el doctor Johnson. El servilismo de la amistad y de la admiración que le inspiraba llegó á rayar en lo ridículo. No se separaba de él un instante, y todas las conversaciones que Johnson tenía con él ó con otros, todas las observaciones que hacía, todos los pasos que daba eran escrupulosos y esensamente consignados por la noche en el diario de Boswell. No bastaron todos los epigramas de sus contemporáneos para hacerle abandonar esta posición de historiógrafo voluntario, á que consagró su vida. Cuando murió Johnson, se publicó el diario de Boswell, y resultó la biografía mas completa que se conoce, y uno de los libros mas deliciosos de la literatura inglesa. En él vemos vivir y pensar á Johnson; lo conocemos, lo tratamos familiarmente, y adquirimos tesoros de saber que, á no ser por Boswell, se habrían perdido para siempre. ¿Cuánto no daríamos hoy porque Cervantes ó Quevedo hubiesen tenido á su lado un Boswell que llevase el diario de todos sus hechos, de todos sus dichos, y que hubiese transmitido á la posteridad las opiniones de esos dos grandes ingenios sobre artes, sobre literatura y sobre política?

En cambio solo tenemos una que otra anécdota mas ó menos auténtica, que la tradición trasmite de boca en boca; una que otra poesía inédita, que recoge algun curioso, y que la memoria se encarga de conservar; y esto se aplica no solo á nuestros poetas antiguos, sino á los que acababan de morir ó estaban aun en la plenitud de su gloria cuando naciamos los de la generación presente. Algunas de estas composiciones de diferentes fechas, y algunas de esas anécdotas han caído en nuestras manos, y las observaciones que preceden no tienen mas objeto que servir de introducción á lo mas selecto que hemos encontrado entre ellas.

Para empezar dignamente este certámen, abramos la marcha con una fábula inédita de Iriarte, nuestro gran fabulista, y digna de él en todos conceptos si es suya. Dice así:

#### LA FUENTE, EL ARROYO Y EL RIO.

En tu presencia, venerable rio  
(Al Tajo de este modo habló una fuente),  
De un poeta me quejo amargamente,  
Porque ha dicho, y no hay tal, que yo me rio.  
Un arroyo añadió: sí, padre mio,  
Es una furia lo que ese hombre miente;  
Yo sigo mi camino, no censuro,  
Y con todo se empeña en que murmuro:  
Dicen que el Tajo luego  
A los dos replicó con gran sosiego:  
¿No tengo yo tambien oro en mi arena?  
¿Pues qué! ¿de los poetas os espantan  
Los falsos testimonios? No os dé pena;  
Mayores entre sí se los levantan:  
Reid y murmurad enhorabuena.

Uno de los poetas modernos de quienes mas anécdotas se cuentan, y que mas poesías inéditas ha dejado, es Arriaza, poeta generalmente insoportable en el género serio, pero que en el festivo ha tenido pocos rivales. Cuéntase de él que asistía á una tertulia del infante D. Carlos, adonde iba tambien el embajador francés de aquella época, literato distinguido, pero para quien era especialmente insuperable aquel escollo de la pronunciación de la j, que es el obstáculo en que se estrellan todos los extranjeros que quieren aprender el idioma de Castilla. Para sacar partido de esta circunstancia, se confió á Arriaza la misión de componer unos versos en que la terrible gutural estuviese prodigada, y en efecto, á la noche siguiente entregó al embajador el siguiente cuento, que el diplomático leyó con grave riesgo de la integridad de su laringe:

#### JULEPE ENTRE UN GITANO Y UN JAQUE.

Dijo un jaque de Jerez,  
Con su faja y traje majo:  
«Yo el mas guapo el juego atajo,  
Que soy jaque de ajedrez.»  
Un gitano, que el jaez  
Allojaba á un jaco cojo,  
Sacando, ciego de enojo,  
De esquilarse la tijaleta,  
Dijo al jaque: «por la jeta  
Te la encajo si te cojo.»  
«Nadie me moja la oreja»,  
Dice el jaque, y arrempuja;  
El gitano tambien puja,  
Y uno aguja y otro ceja.  
En jarana tan pareja  
El jaco cojo se encaja,  
Y tales coces baraja,

Que al empuje del zancajo,  
Hizo entrar sin gran trabajo  
Al gitano y jaque en caja.

Otra anécdota de Arriaza. La marquesa de H... aficionada á las letras y muy enemiga del poeta satírico, escribió contra él y bajo el seudónimo de *Marisabidilla* una carta que se publicó en el *Diario de Madrid*. En esta carta tuvo la desdicha de escribir la palabra *poetisa* con *z*, y agarrándose á este error, Arriaza le compuso el siguiente soneto, en que alude á la extraordinaria corpulencia de su censora.

Tiró el cordon, sonó la campanilla,  
Pidió para escribir lo necesario,  
Y en un sillón, como un confesionario,  
Arrellenose Marisabidilla.  
Apolo, que al respaldo de la silla  
Olfateaba el flujo literario,  
La oyó cotorrear para el *Diario*  
¡Qué carta! ¡qué dición! ¡qué tarabilla!  
Y al fin le dijo: *Poetisa*, hermana,  
Y no *poetiza* ha de escribir. Mañana  
Cómprase por dos cuartos la cartilla.  
Y cuando ya á las letras me responda,  
La llamaremos Marisabidona,  
Que es muy pandorga para *sabidilla*.

Otro soneto inédito de Arriaza, y mucho mejor que este, conocemos tambien; pero no es para impreso, sobre todo en las columnas de un periódico.

No sabemos si han sido impresos antes, aunque creemos que no, unas deliciosas décimas del siglo pasado, que al principio de este toda nuestra juventud literaria sabia de memoria. Si no han sido impresos, merecen salir á luz; si lo han sido, nos agradecerán nuestros lectores que les enviemos un ejemplar de esta preciosa composición, en uno de los metros mas encantadores de nuestro idioma. Su autor fué el presbítero D. Eusebio de Vargas, que debia algun dinero al Arzobispo de Toledo. El mayordomo del prelado, cansado de esperar, fué á embargar los muebles del deudor, y no encontró en su casa mas que cuatro miserables trastos. Con este motivo el cura presentó al arzobispo el siguiente memorial:

Un año de dia en dia  
He mantenido, señor,  
Mediante vuestro favor,  
Toda la familia mia.  
Cumplió el orden que tenia  
De dar vuestro mayordomo,  
Y yo con pasos de plomo  
No hago mas que imaginar  
Cómo tengo de pagar,  
Porque si pago no como!  
Os debo ya seis mil reales,  
Y segun hago la cuenta,  
Este año valdrá mi renta  
Otros tantos no cabales.  
Y como no hay mas caudales,  
Ni otros arbitrios humanos  
Que estos tristes cuatro granos,  
Antes de hacerlos montones,  
Como si fueran gorriones  
Me los comen mis hermanos.  
Tengo un hermano soldado,  
A quien le doy sin fastidio  
Su competente subsidio  
Muy bueno para escusado.  
Por mantenerlo montado  
Me voy yo quedando á pié,  
Y no discuro por qué  
Justicia, razon ó ley,  
El ha de servir al rey  
Y yo he de pagar el prest.

Otro hermano tengo ausente  
Con oficio de estudiante,  
Que en la corte es paseante,  
(Lo mismo que pretendiente).  
Dice que anda diligente  
En sus pretensiones, pero  
Desde luego considero  
Que ha de conseguir la gracia,  
Si pone tanta eficacia  
Como en pedirme dinero.

Conmigo tengo una hermana  
Que, segun la suerte mia,  
Se quedará para tia  
Si á ser monja no se allana.  
No parece tiene gana  
De sayal ó de anascote,  
Y aunque en ella no se note  
Cosa mala, sin lisonja,  
Tan distante está de monja  
Como yo de darle dote.

Item mas una sobrina,  
Niña, que es otro item mas,  
Y tan dada á Barrabás,  
Que á nada bueno se inclina.  
Con decir que es granadina  
Os doy suficiente luz  
De esta insoportable cruz,  
Porque mas no puede ser,  
Si á lo terco de muger  
Se le junta lo andaluz.

Son gusanos roedores  
Todos estos á la par,  
Que no me dejan medrar  
Ni pagar mis acreedores.  
Así, como arrendadores  
De diezmos me hallo al presente,  
Pues si anda la deuda urgente  
Es preciso, sin engaño,  
Para pagar este año  
Trampear en el siguiente.

Por lo que estoy precisado  
A suplicaros de nuevo,  
Para pagar lo que os debo,  
Que me lo deis de prestado.  
Y no mudando de estado  
(Que no puedo rebatir)  
Será preciso vivir  
Con modestia singular,  
Pidiendo para pagar,  
Pagando para pedir.  
De toda esta realidad  
Zedran podrá deponer,  
Y dará, si es menester,  
Testimonio de verdad.  
Con que por necesidad  
Mandareis que no me cobren,  
Y que con caridad obren;  
Así lo pido y suplico,  
Porque no seréis mas rico  
Con dejarme á mi mas pobre.  
Pero porque no suceda  
Que á vos os resulte daño,  
Tambien ofrezco cada año  
Pagar lo poco que pueda.  
Y si así pactado queda,  
Solo podré compensar  
Esta gracia con rogar  
Al Omnipotente y Santo,  
Que os dé vida y salud tanto  
Como yo tarde en pagar.

Mucho honra la memoria del arzobispo el desenlace que tuvo este suceso: le gustó tanto el memorial, que perdonó la deuda, y además mandó dar cincuenta doblones al autor.

Tenemos á la vista una gran coleccion de cosas manuscritas de esta especie; pero no queremos extraer mas, y resistimos á todas las seducciones que nos ofrecen los *Duendes de Madrid*, los pasquines políticos de distintas épocas, y las sátiras sangrientas contra personajes eminentes. Sin embargo no hará mal papel en este sitio una anécdota relativa á un poeta que murió poco ha. D. Juan Maria Maury se hallaba en una tertulia, donde se ocupaba el tiempo en una especie de juego de despropósitos, que consistia en que dos personas dijese cada una al oído al paciente una palabra, y el paciente tenia que decir la analogía que hubiese entre ellas. La primera palabra que se le dió fué *tonsur* y la segunda *corbatin*. Hé aquí cómo esplicó el poeta el punto de contacto que tenían:

La tonsura y corbatin  
Se parecen en que son  
Cosas de antigua invencion  
Que van llegando á su fin.

Ahora cerraremos la marcha con una composición de otro género, inédita tambien. Es lo último que ha escrito nuestro distinguido poeta D. Francisco Martinez de la Rosa, en su reciente viaje al regresar de Lisboa á esta corte. La composición no puede ser mas fresca, y dice así:

#### LOS ASTROS Y LAS FLORES.

¡Será tan ciego y sin ventura el hombre,  
Que exista uno tal vez, uno siquiera,  
Que el universo absorto contemplando,  
De Dios no adore la potente diestra?  
Ella los astros arrojó al vacío,  
Cual leves granos de menuda arena;  
Y un siglo y otro siglo, sin chocarse,  
Obedientes prosiguen su carrera:  
Ella mil y mil soles ilumina;  
De la noche el capuz bordó de estrellas;  
Al polo boreal la antorcha enciende;  
Y el curso audaz señala á los cometas...  
Mas allá de ese cielo hay otros cielos;  
Mas allá de esa esfera otras esferas;  
Y en tanto que ellas giran silenciosas,  
Solo el trono de Dios inmóvil queda.

Mas si dejando el infinito espacio,  
Los ojos vuelves á la humilde tierra,  
Un árbol, una planta, una flor sola  
Del Supremo Hacedor la gloria ostenta.  
Mira al altivo girasol, que amante  
Del astro sigue la triunfal carrera,  
Y al sepultar su luz en el ocaso,  
Lánguido siente la penosa ausencia,  
En tanto que otras flores recatadas  
De noche lucen su sin par belleza,  
Cual tímida doncella, que medrosa  
Solo á la luna sus encantos muestra.  
Emula de la palma, se columpia  
Sobre el flexible tallo la azucena,  
Y del cándido seno el oro puro  
Del céfiro lascivo el beso anhela:  
Y no lejos la tierna sensitiva,  
Símbolo del pudor y la inocencia,  
La toca apenas temeraria mano,  
Las verdes hojas vergonzosa pliega.  
Rojo clavel sobre nevado seno  
La viva llama del amor demuestra;  
Morados lirios, las celosas ansias,  
La siempre-viva, funeral tristeza;  
Y el primer palpitar de un pecho amante,  
Con su dulce fragancia la violeta,  
Que tímida se oculta entre la grama,  
Y anuncia ya la grata primavera.

#### ESPOSICION UNIVERSAL.

##### ESPOSICION

##### ALFARERIA DEL ZOLLVEREIN.

Los productos de la industria alemana, cuyo grabado publicamos hoy, son notables por el buen gusto y delicadeza con que están ejecutados, y al mismo tiempo revelan los progresos que en dicho ramo ha hecho la Alemania de pocos años á esta parte.

## FERRO-CARRILES.

## GALICIA.

«El siglo de hierro ha simbolizado hasta aquí una edad desgraciada y calamitosa. Hoy, el siglo de hierro es el de los progresos y adelantamientos de todo género, pues la explotación y las aplicaciones de ese precioso metal constituyen el termómetro de la civilización de todos los pueblos del mundo. De la civilización moderna, que no es de privilegio y monopolio, que no se circunscribe á ciertas naciones y clases como la antigua, sino que es universal para todo el globo y todos los hombres; de la civilización moderna semejante al sol, que derrama por do quiera su luz benéfica, hermosa y esplendente.

Ahora que tanto se habla de caminos de hierro entre nosotros, que tantas empresas se forman, tantos trabajos se empiezan, que las provincias luchan unas con otras para obtener la preferencia en la construcción de estas vías; que Cataluña, Valencia, Asturias, Castilla, ven á través en mas ó menos extensión las locomotoras y los trenes; observamos al mismo tiempo con desconsuelo que no figura en este movimiento general Galicia, vasto territorio que contiene mas de millón y medio de habitantes, y es una porción considerable de la España; antiguo reino, que da al Estado en una quinta ordinaria un contingente de dos mil novecientos ochenta y dos soldados, una octava parte casi del cupo total, y que paga de contribuciones sumas enormes. Este país, favorecido por la naturaleza, que tiene á Vigo, uno de los mejores puertos y rías de Europa; el arsenal del Ferrol, codiciado por los extranjeros, que ofrece campiñas fértiles y risueñas, rios apacibles, clima sano y agradable, pequeñas poblaciones marítimas, muy á propósito para evitar los calores del estío, y para tomar baños, especialmente para las personas que salen de la corte y de las grandes ciudades, quienes gozarían de una temperatura benigna, mayor baratura y comodidades que en otros sitios de recreo, y que pasarían momentos deliciosos al contemplar esas montañas elevadas é imponentes, que dividen los valles floridos y las cañadas pintorescas apareciendo aquí y allí graciosos y sorprendentes contrastes, que no desmerecen á los que presentan Vizcaya y Guipúzcoa: este país, denigrado por los que no le conocen, si bien admirado de cuantos le visitan, y en particular de sus propios hijos, que comprenden todo su mérito é importancia después que han vivido en otros lugares y hacen comparaciones, como sucedía á lord Byron respecto á su pueblo natal; que envía al Congreso cuarenta y un diputados, los que unidos podrían decidir en muchos casos de la suerte de un gobierno; este país, en fin, que encierra en su seno fecundos y variados elementos de prosperidad, de riqueza y porvenir; minas de hierro y estaño, maderas combustibles y de construcción, producciones de toda especie, etc., no procura marchar al nivel del resto de la Península y del mundo, haciendo un ferro-carril, que partiendo desde Madrid, recorriese las provincias de Castilla la Nueva, Valladolid, Zamora, Leon, Lugo y la Coruña, concluyendo en esta capital.

Dentro de algunos años es mas que probable que se viaje en vapor desde las playas de la Cantabria hasta el Mediterraneo, y desde la frontera de Francia hasta Portugal y Andalucía. Si no se hace otra línea de la corte en dirección á Galicia, esta quedará aislada, sus productos no tendrán salida, se estancará y conocerá cada vez menos, y por consecuencia, en lugar de aumentarse decrecerán la agricultura, la industria, el comercio y la navegación, en los mismos puntos en que la posición topográfica, las cualidades del terreno, la configuración del suelo, los saltos de aguas, los criaderos de las primeras materias y otras muchas felices circunstancias, brindan con medios y recursos de prosperidad inmensos y envidiables.

Verdad es que de algun tiempo acá, Galicia trabaja mucho en caminos vecinales y provinciales, y en mejorar las carreteras generales de Santiago á Lugo y Orense, de Orense á Lugo, del Ferrol á Puente Deume y Betanzos, de Caldas de Reyes á Pontevedra y á Vigo, de Vigo á Orense. Pero á pesar de esto, ¿qué está pasando en la actualidad? Los vinos de las riberas del Miño, del Abia y del Sil, que pueden competir por su calidad con los mas afamados de España, solo se consumen á poca distancia: apenas se beben en alguna de las provincias colindantes, cuando debieran ir á la corte, y hasta disputar en Londres la venta al Burdeos y al Oporto. El año de abundante cosecha, los dueños los venden á menos precio ó los arrojan por falta de vasijas y de pedidos. Los ganados, sobre todo el vacuno, que es uno de los principales artículos de ganancia y consumo, debieran proveer al interior de la Península, pues hay pueblos en que no se come sino carnero, y por rutina, y carencia de la vaca y ternera, creen que estas carnes son malas y despreciables; debieran también exportarse mas al extranjero. Lo mismo puede decirse de la salazon, elemento de riqueza, y que debiera serlo en mayor escala. Los quesos, superiores al pastiego, al manchego, al de Villalon, al de Burgos y á otros, no van mas allá de unas cuantas leguas, y únicamente el del Cebreiro es remitido alguna vez á la corte, pero no por especulación, sino de regalo. Las pieles y suelas se trasportan á Castilla en corta cantidad y á lomo, á pesar de ser aquellas tan buenas y de estar tan acreditadas las tenerías. Los pescados, los mas apreciados de nuestras costas, debieran abastecer las plazas de Madrid y de otras poblaciones. La pesca de la sardina ha disminuido de un modo considerable: díganlo sino los catalanes establecidos en Marin, Buen, Cangas y otros puertos. Algunos de estos van decayendo visiblemente: en siglos anteriores estaban animados y bulliciosos; ahora se hallan abandonados y solitarios, y presentan el aspecto de ciertos muelles y ensenadas de la provincia de Santander, en los que se oye solamente el melancólico murmullo de las olas que bañan la desierta arena, á intervalos interrumpido por las voces de los pobres marineros que van con sus lanchas á buscar una subsistencia miserable.

Y si esto sucede ahora, ¿en cuánta mayor escala no sucederá cuando Asturias explote de lleno sus inagotables montañas de carbon de piedra, y lo conduzca por ferro-carril hasta el embarque; cuando Santander reciba por él las harinas de Castilla; cuando Barcelona, Valencia, Alicante y Cartagena disten

unas cuantas horas de la Puerta del Sol; cuando los puertos del Mediodía impulsen mas y mas su activo comercio con Inglaterra, con la esportacion de vinos, aceites, pasas y otros ramos? Galicia se verá sin relaciones ni mercados: en vano la naturaleza le habrá colmado con sus dones; la marcha de los acontecimientos y de la sociedad los hará infructuosos é inútiles. No debe olvidar que uno de sus principales centros mercantiles, la Coruña, tiene dos vecinos que están destinados á ser los primeros de la costa de Cantabria, si es que ya no lo van siendo: Santander y Gijón. El uno se enriquece con las harinas que remite á la isla de Cuba, admitiendo en retorno géneros coloniales; comercio muy seguro y productivo, y que solo fracasaria por sucesos extraordinarios y deplorables. El otro progresa diariamente, de lo cual, entre otras pruebas, es la mejor el movimiento de los buques en la dársena; las balandras inglesas salen cargadas de avellana del Principado; los bergantines franceses llevan el carbon mineral al Mediodía y Levante de la Península, tomando allí plomos para su país; la manteca de Asturias, de la cual hay varias fábricas muy acreditadas, y que han sido premiadas en diferentes exposiciones, surte á Andalucía, particularmente á Sevilla, donde es ya preferida á la de Holanda. Grandes vacadas se embarcan tambien en este muelle. Además, de Amsterdam, Hamburgo, Stettin, Alesund y otros puertos del Norte, vienen maderas de construcción, que se van generalizando en toda clase de edificios, y la fábrica de Trubia hace arribar asimismo algunas barcas y galeotas, que conducen á bordo maquinaria de las fundiciones de Lieja y otros establecimientos.

La construcción pues de un ferro-carril á Galicia, es un asunto vital para este país. Debemos llamar hácia él la atención de los propietarios, de los capitalistas, de las autoridades, del gobierno, y sobre todo de los diputados, á quienes incumbe interesarse con decision, con empeño, en cuanto á él se refiera. Y no deben contentarse con meros proyectos, preciso se hace proceder á la ejecución.

Es cierto que hay graves dificultades que vencer. Pero si se habla de las obras de fábrica que hay que hacer en el curso de la vía ferrada, mayores dificultades se han superado en Inglaterra, Escocia y Alemania, y sin ir mas lejos, ahora va á cruzar un ferro-carril las montañas de Reinosa ó el puerto del Escudo. Si se habla de recursos pecuniarios, debemos recordar que se hicieron carreteras generales en Galicia, cuando las costumbres, el comercio, la industria y las necesidades públicas no eran lo que son actualmente. En curso de ejecución está tambien la de Galicia á Castilla en sus varios ramales. Y como quiera que sea, cuatro provincias ricas, impulsadas por un mismo espíritu y protegidas por el gobierno, que tanta cooperacion y apoyo presta á estas empresas, pueden adelantar mucho, si se ponen á la obra con decision y entusiasmo.

Lo que conviene es que haya union, que haya mas inteligencia de los propios intereses, mas prevision para el porvenir; que los hombres que han nacido en Galicia y ocupan hoy elevados puestos, le demuestren mas simpatías y cariño; que no olviden á esa juventud estudiosa, morigerada, ávida de emplearse en beneficio de sus paisanos, y á la que no obstante se mira con indiferencia, acaso con desprecio, teniendo mas de una vez que alejarse de ese suelo, por no verse reducida en él á la impotencia y á la nulidad, y teniendo que vivir en otros climas, como si sobre su frente se viese estampado un sello de infamia ó de proscrición. Sin reflexionar esos hombres que la juventud es la que representa los destinos futuros de un pueblo, de una nacion, y que, segun sus talentos y capacidad, tiene derecho á la proteccion de sus compatriotas, siguiendo ese orden y ese encadenamiento de las generaciones.

Un ferro-carril á Galicia pondria en rápida comunicacion con la corte á varias provincias muy productoras. Seria además el germen de un ramal que, andando el tiempo, se hiciese á Asturias, hasta empalmarlo con el de Sama de Langreo. De este modo, el carbon mineral se esparciria con profusion por el corazon de la Península, lo cual reportaria incalculables ventajas, así para el combustible de los demás caminos de hierro, como para el consumo diario de cocinas económicas, chimeneas, estufas y demás usos domésticos. El carbon vegetal se vende á seis, á ocho y á nueve reales la arroba; el mineral puesto en Gijón cuesta tres reales y medio, treinta y dos cuartos lo sumo el quintal; explotado de todo punto y con la mayor baratura y prontitud de las conducciones, llegará á costar dos reales el quintal, y poco mas en otros parajes distantes.

No se crea por lo que va expresado que nuestros pensamientos son dictados por miras mezquinas de localidad y provincialismo. Jamás nos han guiado esas ideas en su mala acepcion. En el estado actual de las naciones, importa que pugnen todas por uniformar sus hábitos, costumbres, lenguas, proyectos, pretensiones y esfuerzos; el espíritu de nacionalidad es el que va predominando por fortuna.

Solo así pueden las naciones triunfar de todos los obstáculos, y ejecutar en política, en armas, en letras y en industria hechos admirables que rayan en lo fabuloso. Así la España venció al héroe de Austerlitz; así los Estados-Unidos de América, la Inglaterra y la Bélgica han conseguido sembrar sus respectivos territorios con una red de caminos de hierro, y ponerse á gran altura en la maquinaria y en la fabricacion.

La felicidad de las naciones no es un ente quimérico, sino el agregado del bienestar de los pueblos de que se componen. Deber es pues de todo ciudadano celoso del bien público, contribuir en cuanto le sea posible al planteamiento de reformas útiles y fecundas para una localidad mas ó menos reducida, si estos sentimientos generosos y laudables se hallan harto lejanos del egoísmo, de la rivalidad y de la envidia, que en los individuos, no menos que en los pueblos, son la causa del atraso, de la ignorancia y de la esterilidad. Y esto sube de punto cuando á lo dicho se agrega el deseo de ver prosperar el país en que estan depositadas nuestras brillantes esperanzas y nuestras doradas ilusiones, si bien confundidas con tristes y dolorosos recuerdos.»

Con posterioridad á la publicacion de este artículo en *El Constitucional*, he sabido con gran satisfaccion que el señor gobernador de la Coruña, D. Bartolomé Hermida, inteligente promovedor de toda clase de mejoras, se habia dirigido á los de las otras provincias de Galicia, con el objeto de que todos

trabajen de consuno en la cuestion de que se trata. Tambien he sabido que la casa capitalista de Braña y compañía se ocupa en formular un proyecto relativo al mismo asunto.

ANTOLIN ESPERON.

Albacete, setiembre 14, 1852.

## QUERUBIN Y CELESTINO,

6

## UNA ESCENA DE BANDIDOS.

Por Alejandro Dumas.

I.

Seguidme á la Calabria; escaldad conmigo un pico de los Apeninos; y llegados á su cima vereis á vuestra izquierda á Cosenza, á vuestra derecha á Santo Lucido, y frente á vosotros, á la falda de la montaña, un camino iluminado en aquel momento por un gran número de fogatas, enrededor de las cuales se agrupan hombres armados. Estos hombres están allí á caza del bandido Jacobo, con la banda del cual acaban de sostener un vivo fuego; pero habiendo llegado la noche, no se han atrevido á perseguirlo, y esperan la luz del día para recorrer la montaña.

Ahora bajad vuestras frentes y echad una mirada á vuestros piés, sobre aquella especie de meseta de piedra, á la que es casi imposible descender, visto que la montaña parece cortada á pico; terreno envuelto por la maleza hasta el punto de que apenas se divisa, y distinguireis allí primero cuatro hombres que se ocupan en preparar una comida, encendiendo fuego y desollando un carnero; otros cuatro, que juegan; otros dos que están de centinela, y tan inmóviles, que los creeríais, al ver los pedazos de roca, que han tomado la figura humana; una muger sentada, y que no se atreve á moverse por miedo de despertar á un niño dormido en su falda; y finalmente, apartado un tanto, un bandido que echa las últimas espúrtas de tierra sobre una huesa que acaba de abrirse.

Este bandido es Jacobo, esa muger su querida, y esos hombres que hacen centinela, que juegan ó preparan la comida, lo que él llama su banda; en cuanto al que descansa en aquella tumba, es Jerónimo, el segundo del capitán; una bala acaba de ahorrarle la boca, levantada ya para Antonio, el segundo teniente, que ha cometido la estupidez de dejarse coger.

Cuando Jacobo hubo terminado su obra funeraria, dejó escapar de sus manos la pica de que se habia servido, y se sentó sobre aquella tierra fresca, donde sus rodillas dejaban el mismo surco que sobre arena; permaneció así, inmóvil y orando, como un cuarto de hora, y después, sacando del pecho un relicario, suspendido á su cuello por una cinta encarnada y adornado con la imagen de la Virgen y del Niño Jesus, lo besó piadosamente, levantándose luego con lentitud, vino á apoyarse, baja su cabeza y los brazos cruzados, contra la base de la roca.

El bandido habia hecho este movimiento con tanto silencio y tristeza, que ni aun sus compañeros lo oyeron, lo cual debió parecerle falta de vigilancia, pues echando una ojeada sobre los que le cercaban, frunciéronse sus cejas, y su boca se abrió para dejar escapar esta terrible blasfemia:

—Por la sangre de Cristo...

Los que desollaban el carnero se levantaron; los jugadores permanecieron inmóviles; los centinelas se volvieron tan espontáneamente, que se hallaron frente á frente; la muger se estremeció, y el niño rompió en llanto.

Jacobo pegó una patada.

—María, haz callar á ese niño.

María abrió rápidamente su corpiño escarlata bordado en oro, y aproximando los labios de su hijo á su seno, bello como el de las romanas, lo rodeó con sus dos brazos como para protegerlo. El niño cogió el pecho y calló.

El bandido pareció satisfecho al ver aquellas señales de obediencia; su rostro perdió su expresión severa para tomar un aspecto profundamente triste, é hizo á sus hombres con la mano seña de que podían continuar.

—Hemos acabado de jugar, dijeron los unos.

—Y el carnero está ya cocido, exclamaron los otros.

—Entonces comed, dijo el capitán.

—¿Y vos, capitán?

—No como.

—Ni yo tampoco, añadió la dulce voz de la muger.

—¿Y por qué, María?

—No tengo hambre.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas tan por lo bajo y con tal timidez, que el bandido pareció conmovido; dejó caer su encallecida mano á la altura de la cabeza de su querida: ella la cogió y la apoyó sobre sus labios.

—Sois una buena muger, María.

—Os amo, Jacobo.

—Entonces, sed razonable y venid á comer.

María obedeció, y los dos vinieron á tomar su puesto enrededor de la paja, sobre la cual los bandidos habian puesto algunas lonjas de carnero asado, pan y vino.

El bandido sacó del puño de su puñal un tenedor y un cuchillo de plata, que dió á María, pues él solo tomó una taza de agua pura, que él mismo fué á coger á un manantial vecino, habiendo hacia tiempo renunciado al vino por temor de ser envenenado.

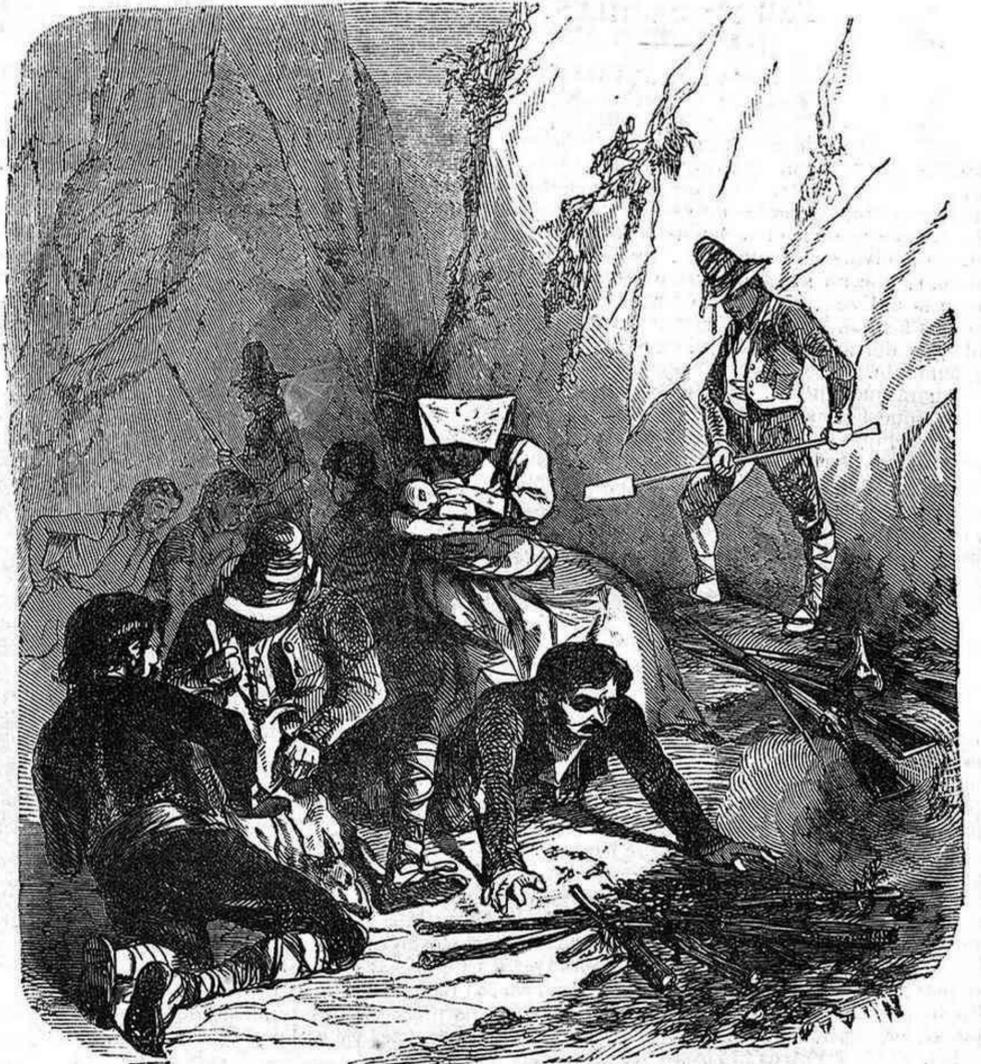
Durante la comida, á la cual los bandidos hicieron honor, Jacobo permaneció triste, y era fácil ver que su corazon estaba lleno de recuerdos. De repente pareció que no podia resistir mas; pasó su mano por la frente, lanzó un suspiro y dijo:

—¡Es preciso que os cuente una historia, muchachos! Venid vosotros tambien, añadió dirigiéndose á los centinelas, pues á estas horas no se atreverán á perseguirnos.

Los centinelas no se lo hicieron repetir segunda vez, y acudieron á participar de la comida y de la novela; María deslizo tímidamente su mano en la de Jacobo, todos se acomodaron lo mejor posible, y cada uno escuchó nuestra narracion



Querubino y Celestino llevando la cabeza de Cesaris.



Reunion de bandidos.

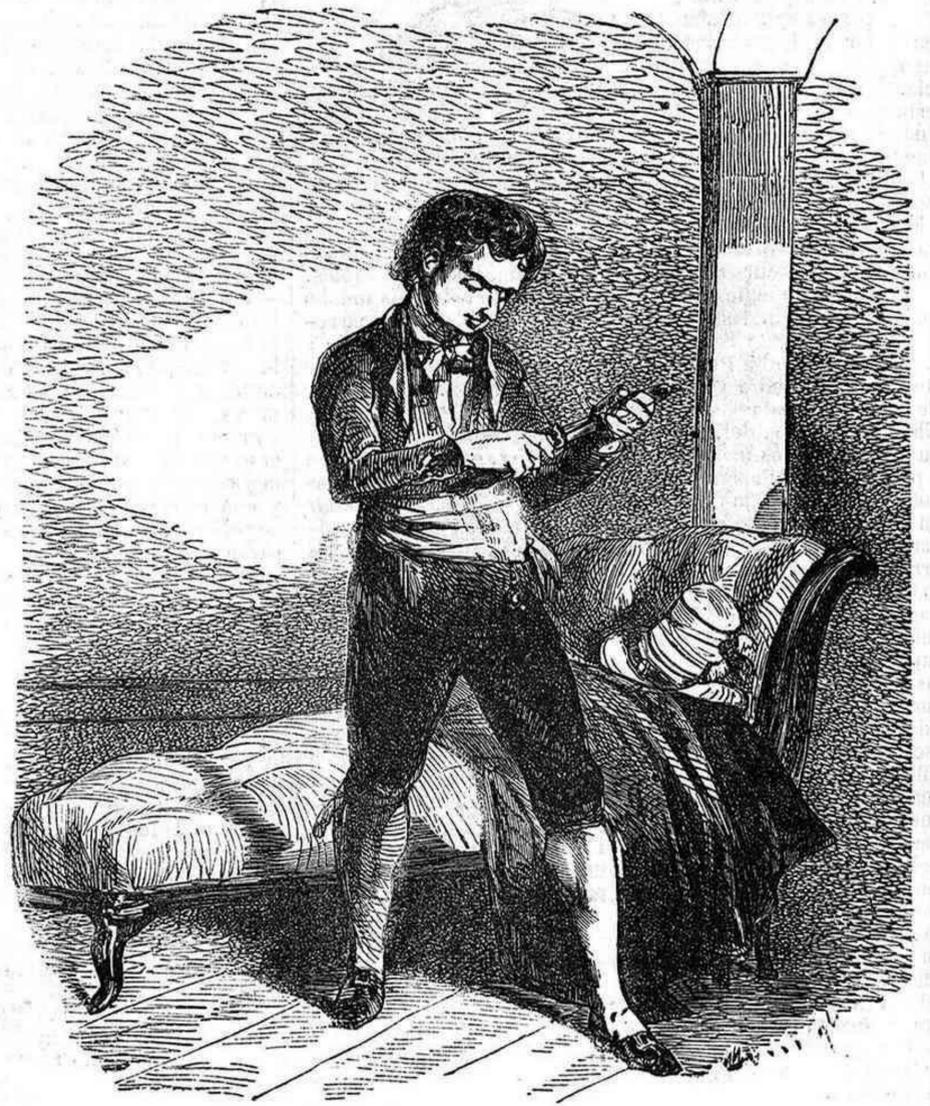
con ese interés que siempre conceden á la historia de cualquiera aventura los hombres que llevan una vida errante.  
—Era en 1799. Los franceses habian tomado á Nápoles y hecho de él una república; la república á su vez quiso conquistar la Calabria: ¡por Baco! ¡Arrancar la montaña á los

Una noche, durante la cual, como ahora, se habian oido algunos disparos, dos jóvenes pastores, que guardaban sus ganados en la montaña de Tarsia, comian en torno del fuego que habian encendido, menos con objeto de calentarse que con el de ahuyentar los lobos: eran dos hermosos muchachos,

el uno en Tarento, el otro en Reggio. Algunos campesinos de Tarsia los habian recogido, y generalmente eran llamados los niños de la *Madona*. Sus nombres de pila eran Querubino y Celestino. Se amaban, porque su amistad de hermanos por la desgracia era su sola pasión en el mundo.



Querubino se precipita como un tigre sobre el cuello del bandido.



Querubino examina si su puñal sale fácilmente de la vaina.

montañeses! Esto no era cosa fácil, especialmente para paganos. Muchas bandas la defendian como nosotros la defendemos ahora, porque la montaña es nuestra, y se habian puesto á precio las cabezas de los jefes de estas bandas, como ahora la mía: la de Cessaris, entre otras, valia tres mil ducados.

dos verdaderos calabreses, medio desnudos, y llevando por todo vestido una piel de carnero, sandalias en los piés, y una cinta al cuello, á cuyo extremo se veia un relicario. Eran casi de la misma edad; ni el uno ni el otro conocian á su padre, pues se les habia visto espuestos en la puerta de las iglesias,

Como ya os he dicho, guardaban sus rebaños en la montaña, comiendo del mismo pan, bebiendo en el mismo vaso, contando las estrellas del cielo, y felices como si aquella colina fuese para ellos el paraíso. De repente oyen un ruido á su espalda, se vuelven, y encuentran á un hombre de pié,



La condesa da un grito.—Querubino acaba de atravesarla la mano.



—Miradle cómo se ensaya para ver si puede bajar del precipicio.

apoyado en su carabina. Llevaba un gran sombrero calabrés, lleno de cintas y terciopelo, desnudo el cuello, un chaleco con botones de filigrana, una chaqueta de cuyos bolsillos asomaba la punta de dos pañuelos, su fiel canana llena de cartuchos, un pantalon de pana azul y sus botas de cuero. Añadid

—¿Me conocéis? les dijo.  
—No, respondieron.  
—Por lo demás, que me conocéis ó no poco me importa. Los hombres de la montaña son hermanos, y deben contar los unos con los otros; por tanto cuento con vosotros.

luz? dijo á los muchachos, estendiendo su mano hácia el punto mas sombrío del horizonte. Los jóvenes fijaron alguno; segundos sus ardientes ojos en el punto indicado, pero nada vieron. Volvianse para decirselo; pero el bandido habia desaparecido. Comprendieron



María.



—Diablo, capitán, tenéis buenos proveedores, como se ve por las provisiones.

á esto dos pistolas y un cuchillo de monte pendientes de su cintura. Los dos muchachos cambiaron una mirada tan rápida como el relámpago; pero no obstante se apercibió de ella el bandido.

Desde ayer me persiguen como una fiera; tengo sed y hambre. —Aquí teneis pan y agua, dijeron los jóvenes. El bandido se sentó, apoyó su carabina sobre la rodilla, armó sus dos pistolas, y se puso á comer. —¿Cuál es el nombre de esa aldea donde se percibe una

entonces que habia empleado aquel engaño para que no pudiesen ver por qué lado se retiraba. Los dos jóvenes se sentaron, y después de algunos instantes de silencio, se miraron á un mismo tiempo. —¿Lo has reconocido?

—Sí.  
Estas palabras fueron pronunciadas en voz baja, y como si temblaran de ser oídos.  
—Ha temido le hiciésemos traicion.  
—Ha partido sin decirnos nada.  
—No debe estar lejos.  
—No; parecía muy fatigado.  
—A pesar de todas sus precauciones lo encontraría si quisiese.

—Y yo también.  
Los dos jóvenes no dijeron más; pero se levantaron y partieron cada uno por dos lados diferentes de la montaña, como dos perros perdigueros. Al cabo de un cuarto de hora Querubín estaba de vuelta junto al fuego, y Celestino se sentaba á su lado.

—¿Y bien?  
—Lo he hallado.  
—Y yo también.  
—Dormía al pié de un árbol, y tenía en sus manos dos pistolas.

—¿Tres mil ducados es casi tanto como estrellas hay en el cielo?  
Los dos jóvenes callaron durante algunos minutos. Querubín rompió el primero el silencio.

—¿Es muy difícil matar á un hombre?  
—No, respondió Celestino; el hombre es como el carnero; tiene una vena en el cuello, y es preciso cortarla.

—¿Has reparado á Cessaris?  
—Tenía el cuello desruido.  
—Entonces no sería difícil, siempre que el cuchillo cortase bien.

Cada uno pasó su mano por la hoja del suyo; después, levantándose, se miraron los dos sin hablar.

—¿Cuál de los dos dará el golpe?  
Celestino cogió algunas chinas, y las presentó con el puño cerrado.

—¿Pares ó nones?  
—Pares.  
—Son nones: á tí te toca.

Querubín partió sin decir una palabra. Celestino le miró alejarse en la dirección donde estaba dormido Cessaris, y después se entretuvo en arrojar al fuego una tras otra las piedras que había recogido. Al cabo de diez minutos volvió á Querubín.

—¿Y bien? le dijo.  
—No me he atrevido.  
—¿Por qué?  
—Dormía con los ojos abiertos, y me ha parecido que miraba.

—Vamos entonces juntos.  
Partieron corriendo; pero bien pronto acertaron el paso; luego marcharon de puntillas, y por último se echaron boca abajo, caminando como serpientes, hasta que, llegados al pié del árbol, se introdujeron por entre sus ramas, y distinguieron al bandido que dormía. Entonces el uno se deslizó á su derecha y á la izquierda el otro, y empuñando sus cuchillos se lanzaron de rodillas. El bandido parecía despierto; sus grandes ojos estaban abiertos, pero su pupila permanecía fija.

Celestino hizo una seña á Querubín de que siguiese con la vista todos sus movimientos. El bandido, antes de dormirse, había apoyado su carabina contra el tronco del árbol y envuelto su llave en un pañuelo. Celestino desató el pañuelo, lo echó sobre la cabeza de Cessaris, y viendo que Querubín estaba preparado, gritó:  
—¡Vamos!

Querubín se precipitó como un joven tigre sobre el cuello del bandido; este lanzó un grito terrible, se puso de pié, sangriento, dió algunas vueltas, la cabeza echada hácia atrás, disparó á la aventura sus dos pistolas, y cayó muerto.

Los dos muchachos habían permanecido boca abajo y sin respirar. Cuando vieron que el bandido había cesado de moverse, se levantaron; aproximándose á él. Su cabeza solo pendía ya del cuello por la columna vertebral; acabaron de separarla del cuerpo, la envolvieron en el pañuelo de seda, y partieron para Nápoles. Durante toda la noche marcharon por la montaña, orientándose por el mar, que veían lucir á su izquierda. Al amanecer distinguieron á Castro-Villari; pero no se atrevieron á atravesar la población por miedo de que la sangre no revelase lo que llevaban, y que algún bandido de la banda de Cessaris vengase en ellos la muerte de su jefe. Sin embargo, les acosaba el hambre; uno de ellos resolvió ir á pedir pan á una posada; mientras el otro lo esperaba en la montaña; pero cuando hubo dado algunos pasos volvió.

—¿Y el dinero?  
Llevaban una cabeza que valía tres mil ducados, y ni el uno ni el otro tenían un ochavo con que comprar pan. El que llevaba la cabeza deslizó el pañuelo, tomó uno de los pendientes de los oídos de Cessaris, y lo dió á su camarada. Una hora después el mensajero estaba de vuelta con provisiones para tres días.

Los dos días después, y á las nueve de la mañana, divisaban una gran ciudad en el fondo de un golfo; preguntaron su nombre, y les dijeron que se llamaba Nápoles. Ya no tenían que temer á los compañeros de Cessaris, y marcharon derechos á la ciudad. Llegados al puente de la Magdalena, se aproximaron al centinela francés, y le preguntaron en calabrés á quién era preciso dirigirse para cobrar la suma ofrecida al portador de la cabeza de Cessaris.

## II.

El centinela les escuchó seriamente hasta el fin; después atusó su bigote, y se dijo á sí mismo:  
—Es extraordinario! Estos pillastres apenas levantan del suelo algunas pulgadas y hablan como soldados. Venid acá, sargento.

El sargento comprendía algunas palabras de aquella lengua; adivinó que el pañuelo ensangrentado contenía una cabeza, y llamó al oficial. Este dió á los jóvenes dos soldados que los escoltasen hasta el palacio donde estaba el ministro de policía. Los soldados dijeron que conducían la cabeza de Cessaris, y las puertas se les abrieron de par en par.

El ministro quiso ver á los valientes que habían libertado á la Calabria de su plaga, é hizo entrar á su gabinete á Querubín y Celestino. Por largo tiempo miró á aquellos dos bellos jóvenes; les preguntó cómo habían hecho para coger al bandido; le refirieron su hazaña como la cosa mas sencilla del mundo; exigía la prueba, y Celestino, poniendo una rodilla en tierra, desató el pañuelo, cogió la cabeza por los cabellos, y la puso tranquilamente sobre la mesa del ministro.

Nada había que replicar á esto, sino pagar la suma. El ministro les dió un talon, llamó á un portero, y éste les condujo á la caja. El cajero contó la suma, y los jóvenes la echaron en aquel mismo pañuelo ensangrentado que había envuelto una cabeza humana. Momentos después se hallaban en la calle de Toledo. La calle de Toledo es el palacio del pueblo. Vieron en sus aceras una multitud de *lazaroni* que tomaban el sol ó comían los ricos macarrones de Nápoles. Esta vista les dió apetito: compraron un gran plato, lo llenaron de este manjar, y sentados en las gradas de uno de aquellos palacios hicieron su comida. En la calle de Toledo se come, se duerme y se juega. Habían ya comido, y se mezclaron á un grupo que jugaba. Al cabo de cinco horas habían perdido algunos reales; pero con su fortuna tenían para jugar así largos años. Felizmente aquella misma noche supieron que existían casas en Nápoles donde en algunas horas se podían perder miles de ducados y comer como príncipes. Dirigiéronse á una de estas fondas; el dueño miró su traje y se echó á reír; mostraron empero su dinero, y el fondista les saludó profundamente, diciéndoles se les serviría en su cuarto, hasta tanto que sus escelencias se hubiesen hecho vestidos que les permitieran comer en la mesa redonda. Querubín y Celestino se miraron, y apenas comprendieron por qué sus trajes, tan pintorescos, no eran decentes; pero un sastre vino bien pronto á hacerse el comprender. Siguiendo sus deseos, les tomó medidas para un lindo vestido calabrés. Sus escelencias comieron y bebieron, encontrando admirables el salmón y el lágrima; y cuando concluyeron preguntaron al mozo si podían dormir en la alfombra: el muchacho les enseñó dos camas que ellos habían creído eran altares.

Celestino, que era el cajero, metió su oro en un secreter, cogió la llave, y la ató al relicario pendiente de su cuello.

Después dirigieron muy devotamente su oración á la Virgen, besaron su escapulario, y durmieron hasta el amanecer. Al día siguiente estaban vestidos y comían á la mesa redonda. Luego entraron en la sala de juego, y perdieron ciento veinte ducados.

Un criado, para consolarlos, les propuso llevarlos por la noche á una casa donde aun se divertirían mas. Cuando llegó la hora, llenaron de oro sus bolsillos, y siguieron al criado; no volvieron á la fonda hasta el día siguiente, muertos de hambre y los bolsillos vacíos.

Aquella era una buena vida. Así trascurrieron quince días. Al cabo de este tiempo podían desafiárselas como calaveras con todo el mundo. Una noche se presentaron como de costumbre en la casa, pero estaba cerrada por orden superior. Acababa de cometerse en ella un asesinato. Vieron entonces mucha gente que marchaba toda hácia un mismo punto, y la siguieron. Algunos minutos después se hallaban cerca de Villa-Reale, en la magnífica calle de la Chiaja, el lugar de cita del mundo elegante. Nápoles respira allí la brisa del golfo, cargada con el perfume de los limoneros de Sorrento, y los jazmines de Pansilippe. Hay allí mas fuentes y estatuas que sobre todo el resto de la tierra; después, mas allá de esas estatuas y esas fuentes, un mar cual no se ve en parte alguna.

Paseábanse allí nuestros héroes, codeando á las mugeres, pisando á los hombres, con una mano sobre el oro, y la otra sobre su puñal. Llegaron así á un grupo que estaba parado frente á un café: en medio de aquel grupo había una linda carretela, y dentro de ella una muger que tomaba helados. El grupo se había formado para admirar aquella muger. Era en efecto la criatura mas bella que después de Eva ha podido salir de las manos de Dios. Nuestros calabreses entraron en el café, pidieron dos sorbetes, y se pusieron á la ventana para ver mas de cerca á aquella muger.

—¿Cuerpo de Baco y cuán bella es! Esclamó Querubín.  
Un hombre se acercó á él, dándole un golpe en el hombro.  
—El momento es bueno, joven caballero.  
—¿Qué queréis decir?  
—Que la condesa Fosnarina está reñida hace dos dias con el cardenal Rospoli.  
—¿Y bien?...  
—Que si quieres, por quinientos ducados y silencio...  
—¿Es mía?  
—Vuestra...  
—¿Entonces, tú eres?  
—Un *rufian*, para servirle.  
—Un momento, dijo Celestino: yo tambien quiero poseer á esa muger.  
—Entonces, escelencia, la cantidad será doble.  
—Pero, ¿quién la obtendrá primero?  
—Esto es cosa entre nosotros; ve á asegurarte de si está libre esta noche, y ven á buscarnos á la fonda de Venecia, donde vivimos.  
El *rufian* partió por un lado, nuestros jóvenes por otro. Querubín y Celestino entraron en la fonda; les quedaban justamente quinientos ducados; pusieronse cada uno á un lado de la mesa, y se echaron cartas. El as de oros cayó á Querubín.  
—Que te diviertas, le dijo Celestino, y se arrojó en su lecho.  
Querubín puso sus quinientos ducados en el bolsillo, examinó si su puñal salía con facilidad de la vaina, y esperó al *rufian*: al cabo de un cuarto de hora llegó este.  
—Está libre por esta noche, le dijo.  
—Entonces, vamos.  
La noche era magnífica; el cielo límpido y azul; la condesa vivía en Chiaja; el *rufian* marchaba el primero, y Querubín lo seguía cantando. Al fin llegaron á una puerta secreta, donde les esperaba una doncella.  
—Escelencia, dijo el *rufian*: cien ducados son para mí, y pondreis los otros cuatrocientos en una taza de alabastro que vereis sobre la chimenea.  
Querubín contó los cien ducados, y siguió á la muger. Marchaban por un hermoso palacio de mármol; en las escaleras había magníficos reverberos, y en las salas, sobre braseros de aljofar, se quemaban ricos perfumes. Atravesaron así

habitaciones dignas de una reina; después, y al fin de una galería, la camarera abrió una puerta, hizo pasar á Querubín, y la cerró tras él.  
—¿Sois vos, Gidsa? dijo una voz de muger.  
Querubín miró del lado de donde aquella voz venia, y reconoció á la condesa, vestida con una ligera lata de muselina, recostada sobre un sofá de seda, y jugando con una trenza de sus largos cabellos, que había desatado, y que la cubrían como una mantilla española.  
—No señora, no es Gidsa; soy yo, respondió Querubín.  
—¿Y quién sois vos? añadió la voz con espresion mas dulce todavía.  
—Querubín, el hijo de la *Madona*. Y el joven avanzó hasta el extremo del sofá.  
—¿Venís por vuestro amo?  
—Vengo en mi nombre, señora.  
—No comprendo.  
—Pues bien, voy á haceros comprender. Os he visto esta noche en la Chiaja, y al veros me he dicho: ¡Qué bella es! La condesa se sonrió.  
—Entonces ha llegado un hombre, y me ha dicho: «¿Queréis esa muger que hallais tan bella?... os la doy por quinientos ducados.» He vuelto á mi casa y tomado esta suma. Llegados á vuestra puerta me ha pedido y le he dado cien ducados: en cuanto á los otros, me dijo los pusiese en esta taza de alabastro, y vedlos aquí.  
Querubín arrojó tres ó cuatro puñados de oro en la taza, que, demasiado llena, rebosó.  
—¿Qué horroroso es ese Mateo! dijo la condesa. ¿Se hacen así estas cosas?  
—No sé quién es ese Mateo, respondió el joven; pero sé que se me os ha prometido por una noche, mediante una suma; sé además que la he pagado, y que, por tanto, me pertenecéis durante una noche.  
Querubín, al terminar estas palabras, dió un paso hácia el sofá.  
—¡Deteneos, ó llamo, gritó la condesa, y os hago arrojar por mis lacayos!  
Querubín se mordió los labios, y llevó la mano á su puñal.  
—Escuchadme, señora, le dijo con frialdad: cuando me habeis oido entrar habeis creído era algun viajero ilustre, ó algun abate, y habeis dicho: «Daré buena cuenta de él.» No es, empero, ni el uno ni el otro: es un calabrés de la montaña, un niño; si queréis; pero un niño que ha traído desde Tarsia á Nápoles la cabeza de un bandido dentro de un pañuelo, y la cabeza de Cessaris. Este oro es todo lo que queda del precio de esa cabeza: con estos quinientos ducados habria podido pasar diez noches entre mugeres, vinos y juego; no lo he querido, y os tendré.  
—Muerta tal vez.  
—Viva.  
—¡Jamás!  
La condesa estendió el brazo para coger el cordon de la campanilla, y Querubín dió un salto desde la chimenea al divan. La condesa lanzó un grito, y se desmayó. Querubín acababa de clavarle la mano con su puñal seis pulgadas mas bajo del cordon de la campanilla.  
Dos horas después Querubín volvió á la fonda de Venecia; despertó á Celestino, que dormía como un bienaventurado; este se sentó sobre el lecho, y frotándose los ojos, miró en torno.  
—¿Qué significa esa sangre? le dijo.  
—Nada.  
—¿Y la condesa?  
—Es una muger magnífica.  
—¿Entonces por qué diablos me despertáis?  
—Porque no tenemos ya un cuarto, y es preciso partir antes de amanecer.  
Celestino se levantó. Los dos jóvenes salieron de la fonda como tenían de costumbre, y nadie pensó en detenerlos. A la una de la madrugada habían pasado el puente de la Magdalena; á las cinco estaban en la montaña. Entonces se detuvieron.  
—¿Qué vamos á hacer? dijo Celestino.  
—No lo sé; ¿creéis que debemos volver á la cabrería?  
—¡No, por Cristo!  
—Pues bien, entonces hagámonos bandidos.  
Los dos jóvenes se dieron las manos, jurándose ayuda y amistad eternas. Han cumplido santamente su promesa, pues desde aquel dia no se han separado.  
—Me engaño, añadió Jacobo interrumpiendo su historia y mirando la huesa de Gerónimo; se han separado hace una hora, y para siempre...  
III.  
Terminada la historia que hemos referido en nuestra primera parte, Jacobo dijo á su banda:  
—Podéis dormir, y yo velaré por todos, despertandoos cuando sea hora de partir, antes de amanecer.  
Al oír estas palabras, cada cual se acomodó del mejor modo; y tal era la confianza de aquellos hombres en su jefe, que cinco minutos después todos dormían con tanta tranquilidad como si se hubiesen hallado en un fuerte inespugnable. María sola permanecía silenciosa y en su sitio.  
—¿No procurarás descansar, María? le dijo Jacobo con su voz mas dulce.  
—No estoy cansada, respondió María.  
—Pero un largo insomnio podrá ser malo para tu hijo.  
—Entonces voy á dormir.  
Jacobo estendió su capa sobre la tierra, María se acostó encima de ella, y luego, mirándole con timidez:  
—¿Y vos? le dijo.  
—Yo voy á buscar un paso por medio de esos malditos franceses; no conocen tan bien la montaña que hayan guardado todos sus desfiladeros. No podemos permanecer eternamente sobre esta roca.  
—Entonces voy á seguiros, dijo María levantándose. Ya sabeis que tengo el pié firme, la vista perspicaz, la respiracion ligera...  
—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—¿Temeis que os haga traicion?  
Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de María. El bandido se le acercó.  
—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—Entonces id solo, dijo María volviéndose á acostar. El bandido se alejó; María lo siguió con la vista mientras pudo distinguir su sombra; después, cuando desapareció tras una roca, lanzó un suspiro, abrazó á su hijo, y todo entró en silencio. Dos horas después se oyó un ligero ruido del lado opuesto á aquel por donde Jacobo había partido. María abrió sus ojos, y reconoció al bandido.

—¿Qué hay? le preguntó con ansiedad viendo su rostro macilento.

—Que es preciso nos hayan vendido los pastores, porque en cada desfiladero hay un centinela.

—Entonces, si no hay medio alguno de salir de esta roca, ¿qué haremos?

—Permaneceremos aquí, no vendrán á buscarnos.

—Pero moriremos de hambre.

—A menos que Dios no nos envíe el maná, lo que no es probable; pero lo mismo da morir de hambre que ser ahorcado.

María oprimió contra su pecho á su hijo, y lanzó un suspiro que parecía un sollozo. El bandido dió una patada.

—Acabamos de hacer una buena comida; tenemos con qué hacer otra mañana. Por tanto, durmamos.

—Duerme, dijo María; y el bandido se acostó á su lado.

Tenia razón Jacobo; había sido vendido, no por los pastores, sino por Antonio, su teniente, prisionero en la última refriega; y que se había librado de la cuerda prometiendo entregar al jefe de la banda: había comenzado á cumplir su promesa colocando los centinelas, con los que había tropezado Jacobo.

Sin embargo, el coronel había puesto á Antonio bajo fuerte custodia, pues para que él no sufriese la horca, era preciso que Jacobo quedase bien ahorcado, y el coronel era un hombre sobrado prudente para no tomar sus precauciones. Esperó por tanto el día para ver si los bandidos se habían escapado, lo cual era prueba entonces de la traición de Antonio. Los bandidos, empero, permanecían sobre aquel nido de águilas.

—Vamos, dijo el coronel; empiezo á creer que no serás ahorcado. Esta creencia pareció causar gran placer á Antonio. Haced que venga el cirujano del cuerpo, añadió el coronel á un soldado; y después, volviéndose hacia Antonio: ¿Qué hallarán que comer en lo alto de esa montaña?

—Nada.

—Por tanto, si no logran escaparse, se rendirán ó morirán de hambre.

—Sin duda.

—Doctor, ¿cuántos días puede vivir un hombre sin comer?

La persona á quien se dirigía la pregunta era un hombre redondo como una esfera, á la que por burla se hubieran puesto unos pies y una cabeza; el hombre que por la experiencia era el menos á propósito para resolver semejante cuestión: así, se estremeció todo.

—¿Sin comer, coronel? contestó con espanto. Pero un hombre arreglado no debe dejar que pasen cinco horas de una comida á otra; en cuanto al vino que debe beber, esto varía, segun la edad y el temperamento.

—No os pidó una receta higiénica; os dirijo una pregunta sencilla. Por lo demás, doctor, tranquilizaos, pues personalmente no estais interesado en la cuestión.

—Desde el momento en que me dais vuestra palabra de honor, dijo el médico mas tranquilo, os diré que en el sitio de Génova, donde he podido hacer una porción de experimentos de esta clase, hemos visto que, por término medio, un hombre no podía soportar durante cinco ó siete días la privación completa de alimento.

—Pues bien, dijo el coronel; esperaremos que se entreguen ó mueran de hambre.

En vista de las seguridades dadas por Antonio y el facultativo, el coronel se contentó con mandar á sus oficiales redoblasen la vigilancia. Tres mil ducados estaban ofrecidos á quien trajese al campamento la cabeza de Jacobo. Ocho días pasaron así: todas las mañanas el coronel visitaba los puestos avanzados para saber si los sitiados no se habían entregado; pero todos los días con su anteojo distinguía algunos bandidos tumbados sobre la arena, ó calentándose al sol, ó saltando de precipicio en precipicio; entonces hacia venir á Antonio, que juraba que, á menos de no alimentarse con yerbas, no sabía qué podían comer. Después llamaba al doctor, quien le respondía:

—Sin falta, coronel, se entregarán mañana. El hombre no puede estar sin comer mas de ocho días, y mañana los tendremos muertos ó vivos. Ahora vamos á almorzar.

Al duodécimo día el coronel perdió la paciencia, y llamó al bandido y al médico; pero esta vez le dijo al uno: «Sois un pilla,» y al segundo: «Sois un imbecil.» Después mandó arrestado al médico, y á Antonio que pensase en su alma, si es que la tenía. El doctor obedeció como un militar esclavo de la disciplina; en cuanto á Antonio, llamó al coronel, que ya se alejaba.

—Coronel, le dijo: aunque me ahorqueis nada habreis adelantado, pues ni mi muerte les quitará los recursos que hayan podido encontrar, ni podeis dar el asalto, pues que solo haciendo rodar las rocas, que no faltan en la montaña, destruirian un ejército, y vos solo tenéis un regimiento. Oídme: si yo me hallase en lugar vuestro, desearia saber, merced á qué sortilegio esos hombres han vivido sin alimentarse sobre aquella roca, aun cuando solo fuera por emplear igual recurso en circunstancias parecidas. Me empeñaria en ello, y como solo tendria un medio de saberlo, lo emplearia.

—¿Y cuál seria ese medio?

—Diria á ese Antonio, cuya muerte me es inútil y cuya vida pudiera serme preciosa: «Vas á jurarme por la sangre de Cristo estar de vuelta dentro de ocho días;» y lo dejaria libre.

—Y durante esos ocho días, ¿qué haria Antonio?

—Iria á reunirse con su antiguo jefe, diciéndole haberse escapado de las manos del verdugo, y que venia á vivir ó á morir á su lado. Entonces, durante estos ocho días, Antonio seria bien torpe, ó Jacobo bien hábil, si el primero no descubria el secreto del último. Una vez el secreto descubierta, Antonio volveria á decirselo al coronel, quien en pago lo dejaria marchar libre.

—¿Y si no descubria el secreto de Jacobo?

—Volveria tambien para dejarse ahorcar.

—Es trato hecho.

—Y aceptado, respondió Antonio.

—Tu juramento.

Antonio sacó de su pecho un escapulario, y dándoselo al coronel y estendiendo sobre él su mano, dijo: Juro por este escapulario, bendecido en San Pedro de Roma el Domingo de Ramos, volver aquí dentro de ocho días, sea que haya sorprendido ó no el secreto de Jacobo.

El coronel quiso devolverle su escapulario; pero Antonio se negó á recibirlo.

—Guardad esa prenda, y si dentro de ocho días, á esta misma hora, no hubiese vuelto, arrojadlo al fuego, y la misma llama que lo devore devorará al perjuro durante toda la eternidad.

—Este hombre queda libre, dijo el coronel.

Aquella misma noche Antonio se había reunido á sus camaradas; Jacobo, que lo creia muerto, lo volvió á ver como un padre á su hijo; Antonio refirió su evasión, y todo el mundo creyó lo que decia. Antonio había esperado encontrar á sus compañeros pálidos, descarnados, muertos de hambre; pero por el contrario, los hallaba sanos y alegres. María siempre estaba fresca, su hijo hermoso, y en el suelo se distinguian algunos huesos, perfectamente limpios, es verdad, pero que sin duda habían tenido carne. Cómo había llegado esta carne á aquellos hombres, colocados sobre una roca, era lo incomprendible; creyó un instante que se la traeria algun pastor por algun camino subterráneo; pero pensó bien pronto que si tal camino existiese, Jacobo se habria fugado por él, en vez de permanecer doce días sobre aquella roca: volviese loco.

Llegó el momento de colocar los centinelas; Antonio se ofreció, pero se le dijo que descansase. Diez minutos después todo el mundo dormia, menos Antonio y los centinelas, que velaban. Por la mañana todos se despertaron, alegres cual los pájaros que cantaban en la falda de la montaña: Antonio solo estaba fatigado, porque no había podido cerrar los ojos durante toda la noche. A las siete el jefe consultó una lista, tocó á un hombre con el dedo, y le dijo: «A tí te toca.» El hombre, sin responder, partió con otros dos bandidos. Antonio se ofreció para esta expedición. «Es inútil, respondió Jacobo, sin explicarse mas; bastan tres hombres.» Dos horas después volvian; uno de ellos tenia algunos arañazos en las manos y en la cara. A las cuatro el capitán consultó el sol, y dijo: «Es hora de comer.» Cada cual se sentó en el suelo; la comida se componia de dos perdices, de una liebre y de la mitad de un corderito. El capitán hizo las partes con la imparcialidad mas grande. Hubo agua en abundancia, pero nadie habló del pan.

—Hé aquí hasta mañana á igual hora, dijo el capitán á Antonio; porque solo hacemos una comida, y ya ves que no nos va mal.

Antonio se sonrió, y luego se puso á jugar con sus compañeros. El resto del día transcurrió sin que se hablase mas de comidas; pues parecia que todos temian, tocando esta conversacion, despertar el hambre. Jacobo solo enseñó á Antonio la cocina de los bandidos, oculta por una roca, y en la cual se veian algunas provisiones, entre ellas la mitad del cordero, del cual habían comido aquel día. Este creyó de nuevo que los pastores eran los que surtian á la banda. A las nueve de la noche el capitán designó á Antonio para que hiciese centinela; tomó una carabina, cogió su canana, é hizo un movimiento para dirigirse á su puesto; pero deteniéndose de pronto:

—Capitan, le dijo; si alguno viniese hacia mí, ¿le he de disparar?

—Sin duda, respondió Jacobo.

—Pero si fuese...

—¿Quién?

—Ya me entendeis...

—No por cierto.

—Un amigo, por ejemplo; é hizo un gesto que queria expresar su pensamiento.

—¡Un amigo! repitió el capitán; ¡imbécil! á menos que no nos descienda del cielo.

—¡Diablo! no lo sabia, contestó Antonio dirigiéndose á su puesto.

La noche pasó tranquila, y ni amigo ni enemigo vino á turbar á Antonio. Al amanecer el capitán lo relevó. Llegó á la meseta de la roca para oír á Jacobo decir á uno de sus camaradas: «Hoy te toca á tí,» y para ver, como la vespera, partir al hombre designado, seguido por otros dos bandidos. Antonio estaba muerto de fatiga: hacia dos días y dos noches que no había descansado. Buscó un poco de sombra, y durmió hasta que lo despertaron para comer.

(Continuará.)

ALEJANDRO DUMAS.

## LOS TRIOS DE CHENIZELLES,

POR A. DE MUSSET.

Este caballero es el aficionado de violoncelo de que os había hablado, dijo mi profesor de música Mr. Trude, presentándome á Mr. y Mad. Loncle. Mr. Loncle dijo: ¡Ah! ¡ah! y Mad. Loncle saludó sin levantar los ojos.

Así entré en la casa de Chenizelles, que ocupaba á la sazón á los curiosos de la ciudad de L... Al primer golpe de vista observé, en una estensa sala muy vasta, un mueblaje limpio; pero de una moda ya pasada. En medio de la pieza se veia un piano de cola, y nada anunciaba en esta sala la presencia habitual de una muger.

Mr. Loncle nos mostró con el dedo dos sillones de terciopelo amarillo; y habiéndose sentado Mr. Trude, me senté tambien. Yo me quedé con mi violoncelo debajo del brazo, y los dedos pegados á las cuerdas: aquella noche hacia mucho frio, y todavia mas en Chenizelles que en el interior de la ciudad.

Chenizelles es un barrio situado fuera de las murallas, y el viento de la montaña llega con todo su ímpetu, sin encontrar allí nada que lo detenga. Así mis dedos, colocados en las cuerdas de mi instrumento, habían sufrido mas que el resto de mi individuo; estaban rígidos como palos y azules como el añil.

—No hace calor esta noche en Chenizelles, dijo Mr. Trude, que había sentido tambien los ataques del frio, acercando la caja de su violín.

—En Chenizelles, como en cualquiera otra parte, repuso Mr. Loncle.

Desde estas primeras palabras comprendí que en la casa no reinaba la alegría, y que seria difícil entablar una conversacion; en el fondo no me causaba esto gran disgusto; por otra parte mi timidez habitual se había aumentado por los remordimientos de un crimen cometido en la persona del mismo Mr. Loncle. Un año antes de esta visita había echado abajo la campanilla de Mr. Loncle en una de las expediciones nocturnas que yo hacia al salir de la academia de dibujo, y fué necesario el despotismo de mi maestro de música para conducirme á una casa en donde no hubiera debido presentarme, sino como culpable humillado.

Pero la culpa era de Mr. Loncle por su tenacidad en no contestar después de las ocho de la noche: nosotros teniamos por costumbre respetar los tiradores de las campanillas cuando veiamos venir á la criada con la luz en la mano á abrir la puerta y saludar á la turba; pero la destruccion mas completa amenazaba á los llamadores, anillos y tiradores de campanilla, cuando nadie contestaba á nuestros repiques desordenados. El primer día, sin embargo, contestó una voz en casa de Mr. Loncle al ruidoso llamamiento; pero esta voz estaba tan llena de cólera, anunciaba un criado tan temible, que emprendimos la fuga, poniéndonos la mano instintivamente sobre los faldones de nuestros fracs, temiendo que el criado feroz, que era un perro, empezase por saltar á la parte mas usada de los pantalones.

El perro y una vieja criada eran los dos únicos seres de la casa de Chenizelles, en la ciudad de L... Se les veia regularmente los días de mercado, miércoles y sábados, hacer provisiones y volverse sin hablar con nadie á Chenizelles, llevando uno un cesto en el brazo y el otro un cesto en la boca.

Aunque Mad. Loncle era de la ciudad, no había podido adquirirse otras noticias acerca de ella que estas: era hija de Mad. de Estouvelles, cuya casa, que tiene una torrecilla á manera de campanario, está situada en la calle del Change. Mad. de Estouvelles, después de haber pasado una vida mundana en la época de la restauracion, se encerró de repente con su hija, y no dejó que la viese nadie. Dos veces á la semana iban á misa á la catedral, pasando por una calle casi abandonada. La jóven llevaba un velo espeso; el panadero decia que la había visto con gafas azules; el tendero pretendia que era linda como los amores; unos aseguraban que era jorobada, otros le daban la majestad de una princesa. Solo el notario penetraba en la casa; pero como la familia era rica, la sucesion cuantiosa, á consecuencia de varios negocios en que él había intervenido, guardó el secreto mas profundo sobre los misterios de la casa.

Un día toda la ciudad supo con asombro que la madre acababa de morir; el sentimiento no fué muy grande en la poblacion. Pero la jóven se puso al órden del día. ¡Qué felicidad para ella! ya es libre; decian por todas partes. Ahora no se encerrará como su madre. ¡Cuánto ha sufrido! Se la compadecia por su pasado y se la envidiaba su porvenir, pues á aquella hora las gafas azules y la joroba habían desaparecido; era una hermosa jóven, una rica heredera; y los empleados, los oficiales de notario y procurador, que llenaban los bailes de la municipalidad, debieron acostarse mas de una vez soñando que la rica heredera les pagase sus oficios.

Un desconocido llegó á casa del notario probando que había sido nombrado ejecutor testamentario de la voluntad de Mad. de Estouvelles; fué á instalarse en la casa de la difunta, y la ciudad se engañó en sus pronósticos, pues volvió á cubrir el misterio á la rica heredera, como había sucedido en tiempo de su madre. Concluido el luto, se supo tambien con asombro que Mlle. de Estouvelles se casaba con el desconocido, que se llamaba Mr. Loncle.

La casa fué vendida, los muebles se vendieron tambien; Mr. Loncle compró la finca de la calle de Chenizelles, y la jóven cambió de prision. La ciudad no la conoció mas de casada que de soltera. Las habillitas de provincia concluyeron pasado cierto tiempo, y Mad. Loncle fué olvidada.

Mr. Trude dijo un día á mi padre:—Es menester que nuestro hijo toque en orquesta; si me lo permitis lo llevaré una vez á la semana á casa de Mr. Loncle.

—¿Qué! ¿es aficionado Mr. Loncle? preguntó mi padre.

—No señor, su muger es una buena pianista.

—Muy bien, dijo mi padre; pero Carlos no es todavia buen músico.

—El lo será, contestó Mr. Trude, y los trios es lo que hay de mas positivo para hacer músico á cualquiera.

Así fué como entré en casa de Mr. Loncle. Primero no me atreví á mirar á su muger, ella no hablaba; mi maestro era brusco y frio: había en la casa un silencio tal, que se hubiese oido el movimiento de un reloj.

—Si gustais, señora... dijo Mr. Trude.

Mad. Loncle saludó á manera de contestacion, se levantó silenciosamente y encendió las bujías del piano. El maestro preparó un trio de Haydn que había llevado, y templó su violín y mi violoncelo después, pues yo no tenia gran cuidado con mi instrumento, y estaban muy duras las clavijas.

Fuí colocado, con gran placer mio, á la derecha de Mad. de Loncle, y mi profesor á la izquierda, pues temia la cercanía de Mr. Trude, que me enseñaba la música con toda la dureza posible, ya pinchándose en el brazo derecho hasta saltarme la sangre, para hacerme comprender que no debe tocarse con el brazo, ya estrujándose los pies para impedir que midiese el compás.

Luego que estuvieron hechos todos los preparativos, Mr. Trude midió un compás de cuatro tiempos. Jamás había experimentado una emocion tan fuerte; siendo la primera vez que tocaba en concierto, no oia mis sonidos; el piano me aturdió: temia perderme, temia oír la voz de mi maestro llamándome al compás y á la afinacion de los sonidos; no me atreví á mirar á Mad. Loncle, que se presentaba á mi vista bajo un aspecto tan singular, y me parecia que Mr. Loncle no me quitaba los ojos, y que iba á acusarme en aquel momento del crimen de la campanilla.

(Continuará.)



HOMBRE PREVENIDO VALE POR DOS.

—Quince días hace que no salgo de casa sin paraguas, señor D. Procopio, porque vi que el calendario anunciaba una nevada, y todo se queda en nubes y más nubes.  
 —Lo mismo me ha sucedido á mi, Doña Orosia; pero hoy guardo mi paraguas para no sacarle hasta el mes de abril, diga lo que quiera el calendario.



UN MATRIMONIO COMO HAY MUCHOS.

—Dios mio! las tres de la tarde y no has hecho que arreglen el cuarto... ¿Te parece bien que vuelva una de sus visitas y se encuentre con la casa de esta manera?

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.